

La santificación

Como tenemos estas promesas, queridos hermanos, purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación (2 Corintios 7: 1).

LA SANTIFICACIÓN, es un asunto que necesita ser tratado junto con el tema de la justificación. La vida cristiana es más que la declaración de justicia, es cuando Dios hace justo a alguien. Incluye también lo que llamamos santificación. San Pablo dice: «Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención— para que, como está escrito: “Si alguien ha de gloriarse, que se glorie en el Señor”» (1 Cor. 1: 30, 31). Es el deseo de Dios que sus hijos desarrollen la santidad personal, pues deben «ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad» (Efe. 4: 23, 24). Era claro para el apóstol que «Dios no nos llamó a la impureza sino a la santidad» (1 Tes. 4: 7). La santidad es necesaria para estar delante del Señor: «Busquen la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Heb. 12: 14).

Desde el punto de vista bíblico, la santificación es un corolario de la justificación. Es Pablo el que lo define así: «Pero ahora que han sido liberados del pecado y se han puesto al servicio de Dios, cosechan la santidad que conduce a la vida eterna» (Rom. 6: 22). Haber sido justificados, declarados libres del poder del pecado en la vida, estar en armonía y en paz con Dios, nos permite tener una plataforma sobre la cual iniciar una vida de crecimiento espiritual. Esta vida de crecimiento espiritual es lo que llamamos el proceso de la santificación, porque a diferencia de la justificación, que es la obra de un instante, la santificación dura toda la vida.

Justicia impartida

Busquen al Señor, todos los humildes de la tierra [...]. Busquen la justicia, busquen la humildad; tal vez encontrarán refugio en el día del Señor (Sofonías 2: 3).

LA SANTIFICACIÓN, fruto de la justificación, es un proceso que dura toda la vida. A la justificación comúnmente se la llama la “justicia imputada”, mientras que a la santificación se le da el nombre de “justicia impartida”. Elena G. de White lo dijo de esta manera: «La justicia por la cual somos justificados es imputada; la justicia por la cual somos santificados es impartida. La primera es nuestro derecho al cielo; la segunda, nuestra idoneidad para el cielo» (*Mensajes para los jóvenes*, p. 32).

Lo de imputada se refiere al hecho de que es una declaración de justicia que se acredita al pecador, y por lo tanto es instantánea. Lo de impartida alude a la idea de proceso, de desarrollo, y por lo tanto es algo que dura y se extiende. A la primera se la define como nuestro derecho al cielo. Ese derecho lo ganó Jesús al morir por nosotros. Es nuestro boleto de entrada al reino de Dios. Sin embargo, no es algo que compramos, sino que se nos da gratuitamente.

A la segunda se la define como nuestra idoneidad para el cielo. Esta es la que requiere un poco más de consideración, pues tiene la posibilidad de ser entendida erróneamente. Si es nuestra idoneidad para el cielo, puede ser que alguien piense que no podrá ir al cielo a menos que sea completamente idóneo. Pero no es así, ya que la santificación se define como proceso y desarrollo, lo cual hace que la idoneidad para entrar al cielo también esté en proceso.

Cuanto más vivamos en este mundo, experimentemos la justificación y si permanecemos en Cristo, más avanzados estaremos en el proceso de la santificación. Este avance dura toda la vida en esta tierra, porque la lucha con la carne y el mundo es incesante. Hay que recordar que en Cristo somos completamente idóneos para estar delante de Dios.

Escogidos para ser santos

Por lo tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, revístanse de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia (Colosenses 3: 12).

CUANDO UNA PERSONA ES JUSTIFICADA por la gracia de Dios, es “considerada” justa, no como una ficción legal, sino como alguien que ha recibido la justicia de Cristo en forma efectiva. Al ser declarada justa, por haber aceptado a Jesús como Salvador personal, inicia un sendero que llamamos carrera cristiana. Es en realidad una lucha, una batalla constante con el mal interior y exterior, que no se termina nunca. Esto es lo que llamamos santificación: El proceso por el cual somos hechos santos cada día.

Así como en la Biblia a los que son justificados se los llama justos, a los que entran en el proceso de la santificación se los llama santos: «Les escribo a todos ustedes, los amados de Dios que están en Roma, que han sido llamados a ser santos» (Rom. 1: 7). «Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso» (Efe. 1: 1). «A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los que han sido santificados en Cristo Jesús y llamados a ser su santo pueblo» (1 Cor. 1: 1).

El término «santo» llegó a ser el apelativo preferido por los apóstoles para referirse a los que se habían convertido en cristianos. Pero de ninguna manera se usaba en términos absolutos, ni se refería a ninguna élite de cristianos en particular. Era una referencia a todos los que entraban en la carrera cristiana y hacían profesión de fe genuina en Cristo. Santo no era el que había alcanzado una norma o estatus de santidad determinado, sino el que estaba en la carrera. Posteriormente, el término se desvirtuó para referirse a alguna persona en particular, a quien se la consideraba especialmente santa. Esto hizo que el término fuera despojado de su uso bíblico y se restringiera su aplicación.

Reflexionemos en estas palabras: «Si cultivamos el bien, las tendencias objetables no obtendrán supremacía, y finalmente seremos considerados dignos de reunirnos con la familia celestial. Si queremos ser santos en el cielo, debemos ser santos en la tierra» (*A fin de conocerle*, p. 280).

La santidad, un faro en el horizonte

Él transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso, mediante el poder con que somete a sí mismo todas las cosas (Filipenses 3: 21).

A CAUSA DE QUE LA SANTIFICACIÓN es un proceso, y que los que entran en él son llamados santos, resulta errado que alguien proponga que el que no sea absolutamente santo no podrá entrar en el reino de Dios. O peor aun, que alguien diga que ha llegado al punto en el cual ha alcanzado el límite de la santidad. La santidad es un faro iluminador ubicada en el horizonte, al que miramos para saber dos cosas: una, que estamos en camino; dos, que nunca llegaremos a él a menos que Dios supla lo que nos falta.

Ciertamente hay un blanco de santidad que alcanzar. Es decir, tenemos un ideal que se coloca delante de cada uno para que sirva de guía y estímulo a fin de seguir en la lucha. La Biblia es clara: «Más bien, sean ustedes santos en todo lo que hagan, como también es santo quien los llamó; pues está escrito: “Sean santos, porque yo soy santo”» (1 Ped. 1: 15, 16). «Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él» (Efe. 1: 4). Ese es el ideal que se coloca ante los santos.

Sin embargo, es legítimo que se haga las preguntas: ¿Es posible alcanzar ese ideal? ¿Es posible llegar a ser santo como Dios? En esta vida y desde el punto de vista humano, no es posible. Somos seres caídos y vivimos en un mundo corrupto y malo. No podemos ser absolutamente santos y perfectos. Entonces, ¿por qué Dios coloca un ideal, un blanco ante nosotros que no podemos alcanzar? La respuesta es que lo podemos alcanzar, pero solamente en Cristo. Así como somos justos en Cristo, del mismo modo somos santos en él. Pero no solo entramos en el camino de la santidad y somos llamados santos en Cristo. La verdad es que algún día se cumplirán estas palabras: «Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es» (1 Juan 3: 2).

Error grave

Según la previsión de Dios el Padre, mediante la obra santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser redimidos por su sangre (1 Pedro 1: 2).

CON RESPECTO A LA SANTIFICACIÓN, hay un error grave que podemos cometer. Hay quienes piensan: «Si no podemos ser santos, ¿para qué intentarlo?» Es decir, ya que no podemos vencer totalmente la naturaleza carnal, entonces démosle rienda suelta. Esta actitud no es cristiana. Es una idea semejante a la de los gnósticos cristianos del tiempo del Nuevo Testamento, que se entregaron a la licencia y al libertinaje bajo la excusa de que el cuerpo es bajo y rastrero, y no importa que lo complazcamos. Dice Judas que «son impíos que cambian en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan a Jesucristo, nuestro único Soberano y Señor [...]». Estos individuos, llevados por sus delirios, contaminan su cuerpo, desprecian la autoridad y maldicen a los seres celestiales [...]. Son un peligro oculto: sin ningún respeto convierten en parrandas las fiestas de amor fraternal que ustedes celebran. Buscan solo su propio provecho» (Judas 4, 8, 12). Es una actitud parecida a la de algunos miembros de la iglesia de Corinto, quienes, de acuerdo a Pablo, creían que seguir los impulsos del cuerpo no implicaba ningún pecado porque eran naturales (véase 1 Cor. 6: 13).

Estas personas se olvidan que la vida cristiana sana debe ser de constante progreso. De ahí, los llamados a seguir la santidad que hallamos en las Escrituras: «Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad» (Efe. 4: 22-24). «Dios no nos llamó a la impureza sino a la santidad» (1 Tes. 4: 7). «Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia» (2 Tim. 1: 9).

Santificados por la fe que obra

Nos salvó mediante el lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo (Tito 3: 5).

EL DESARROLLO DE LA SANTIDAD en la vida cristiana es la obra del Espíritu Santo. Dios provee el deseo y nosotros entregamos la voluntad, pero el cambio lo produce el poder de Dios que actúa en nosotros. Hay una diferencia entre la justificación y la santificación. La justificación tiene un aspecto pasivo: El ser humano acepta lo que Dios le da. Por su parte, la santificación, que también es por la fe, tiene un aspecto activo: Requiere el esfuerzo humano. Ya no es solo recibir; también tenemos que poner algo de nuestra parte. Lea lo que dice Pablo: «Antes ofrecían ustedes los miembros de su cuerpo para servir a la impureza, que lleva más y más a la maldad; ofrézcanlos ahora para servir a la justicia que lleva a la santidad» (Rom. 6: 19). Para crecer en santidad debemos poner nuestro esfuerzo y dedicación. Debemos ejercer la voluntad que hemos recuperado cuando Cristo nos hizo libres. Entonces, capacitados por el poder del Espíritu Santo, podemos ir de triunfo en triunfo; una victoria a la vez; siempre ascendiendo. Por eso, el apóstol Pedro nos dice: «Más bien, crezcan en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Ped. 3: 18).

Pero no debemos olvidar que el progreso en la vida cristiana se debe a la acción del Espíritu Santo. Como es un poder que ya recibimos y que está a nuestra disposición, si no crecemos es porque no queremos. Cualquier falta de voluntad por parte del ser humano representa un retroceso. Por eso se dice que la vida del cristiano es como la Luna: cuando no crece, mengua.

Reflexionemos en estas palabras: «Debes anhelar con fervor el Espíritu Santo, y orar fervorosamente para obtenerlo. No puedes esperar la bendición de Dios sin buscarla. Si empleas los recursos que se hallan a tu alcance, experimentarás un crecimiento en la gracia, y te elevarás a una vida superior» (*Joyas de los testimonios*, t. 1, p. 239).

Santificación, no perfeccionismo

En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio (Gálatas 5: 22, 23).

OTRO ERROR QUE ALGUNOS COMETEN con la santificación es el supuesto del que leí hace unos días. Consiste en pretender que el cristiano debe ser perfectamente santo para entrar en el reino de Dios. A esto se refiere el perfeccionismo del que hablé anteriormente. Hay personas que luchan con valor y sinceridad por alcanzar la santidad absoluta, porque piensan que de lo contrario no podrán entrar en el cielo. Se acuerdan del pasaje que dice: «Busquen la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Heb. 12: 14); y piensan que si no logran alcanzarla, nunca podrán estar en la presencia de Dios. Reflexionan en los 144,000 sellados del Apocalipsis, que se presentan intachables delante del trono de Dios, y procuran ser santos para pertenecer a ese grupo. Debemos recordar que la santidad perfecta no es alcanzable por el ser humano. Pero el hecho de que no podamos ser absolutamente santos en este mundo, sino cuando Cristo vuelva y seamos transformados a su imagen gloriosa, de ninguna manera elimina la búsqueda de la santidad diaria. La actitud correcta del cristiano debe ser la de Pablo: «No que ya lo haya alcanzado, pero prosigo al blanco» (Fil. 3: 13, 14).

Desafortunadamente, en este intento de buscar la santidad absoluta, algunos se frustran y pierden interés en la vida cristiana. Otros, por algún tipo de desequilibrio emocional, o engaño satánico, se convencen de que ya han logrado la santidad y viven una vida cristiana falsa e irreal. En el movimiento adventista hubo personas que cayeron en ese error fatal (véase *Maranata*, p. 233).

Notemos estas palabras inspiradas: «La santidad no es arrobamiento; es una entrega completa de la voluntad a Dios; es vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios; es hacer la voluntad de nuestro Padre celestial; es confiar en Dios en las pruebas y en la oscuridad tanto como en la luz; es caminar por fe y no por vista; y fiarse de Dios con confianza que no vacile, y descansar en su amor» (*Dios nos cuida*, p. 82).